

EDITORIAL

AQUI NO SOBRA NADIE...

O A LO PEOR SOBAMOS TODOS

Hace ya algún tiempo, desde algunos estamentos de la sociedad española de hoy y en especial desde no pocos medios de información, se ha desatado una corajuda "caza de brujas" de la que no se ha salvado —¿cómo podría ser lo contrario!— el deporte.

De siempre me he planteado la duda de si los paladines de la tal "caza" son hombres iluminados por un afán sincero de justicia, o más bien se trata del pataleo del mediocre resentido que intenta buscar en las situaciones de cambio la disculpa hipócrita de su escaso valor humano.

Cuando se carece de la inteligencia e imaginación suficientes para arrastrar a una colectividad hacia grandes empresas: cuando el bagaje intelectual de una minoría, supuestamente dirigente, o que aspira a dirigir, es el triste zurrón de pobre del que nada puede aportar porque nada tiene: cuando el odio y la envidia son las únicas armas dialécticas que se esgrimen en la relación entre seres humanos. Todo, absolutamente todo, lo que pueda aspirarse a conseguir en un futuro está condenado al fracaso.

En este país nuestro, tan parco en talentos y tan pródigo en mediocridades, se viene aplicando incomprensiblemente, con reiterada e irritante insistencia, una política suicida de exclusiones revanchistas y de borrón y cuenta nueva.

Parece como si la historia de nuestro pueblo, el de todos, fuera sólo escrita de siempre desde las cárceles, desde el exilio o desde el poder. El sacrificio, el tesón, los fracasos o los logros parecen exclusiva de los cabeceras de cartel de turno... El resto, comparsas inútiles y estúpidos de una repetida farsa histórica.

Me pregunto si todo lo que se ha hecho en materia de deporte en los últimos "cuarenta años" —suena ya a tópico por tan manido— ha sido deshonesto e inútil. Me pregunto también si en ese largo lapso de tiempo no han surgido hombres capaces de hacer historia del deporte en nuestro país de forma honesta y eficaz...

No soy, repito, precisamente optimista en cuanto a la capacidad de recursos humanos de nuestro pueblo y menos aún de su aptitud para una empresa colectiva, pero me resigno a pensar que de entre sus millones de habi-

iantes no surjan, aunque sólo sea esporádicamente, hombres que, —soplen los aires que soplen y alumbren los soles que alumbren—, sean dignos de figurar en la lista de los imperecederos recuerdos o de las gozosas esperanzas con las que todo pueblo se honra en su historia.

Imagino que, tras las contradictorias versiones que del deporte en estos "cuarenta años" se nos vienen presentando, hay algo menos de lo que el triunfalismo de los que dirigieron han pregonado y bastante más de lo que el negativismo de los que no participaron —o se les ha olvidado su participación— intentan airear.

Pienso que es totalmente imposible negar el protagonismo a todo un pueblo, aunque lo haga a medio gas y con mordaza. Lo indigno es ampararse en limitaciones para justificar un pasado infértil, y rocear impropiedades para eludir las responsabilidades de futuro.

Lo cierto es que si somos capaces de dialogar sin insultarnos, si sabemos aprovechar nuestros ya limitados recursos humanos, si nos dejamos de una vez por siempre de exclusiones caprichosas y absurdas, si deseamos de verdad escapar del suicidio colectivo... Aquí, y ahora, no sobra nadie.

Si por el contrario hacemos bueno el "Africa empieza en los Pirineos", si convertimos en dogma el desgraciado slogan del "Spain is different", si llegamos a la triste conclusión de que el problema radica en condicionantes genéticos... Entonces y a lo peor, sobramos todos.

J. G.